



Estar presente no basta: las barreras que persisten en el ocio para menores con discapacidad



Un estudio de Fundación ONCE constata que estar presente en una actividad municipal no garantiza una participación efectiva. La falta de apoyos, formación y plazas adaptadas limita especialmente el acceso de quienes tienen mayores necesidades. Miércoles, 14 de octubre de 2026

El acceso a una actividad de ocio no implica necesariamente que el niño o adolescente con discapacidad participe en igualdad de condiciones. El estudio *Ocio accesible e inclusivo en la infancia y adolescencia con discapacidad*, elaborado por la Fundación ONCE, concluye que solo el 46% de quienes han acudido a programas municipales se siente integrado con sus compañeros y apenas el 40% se relaciona con el resto de participantes.

El informe analiza la oferta vinculada a las carteras municipales de Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza y Málaga. Se centra en actividades desarrolladas fuera del horario lectivo y durante los periodos vacacionales, aunque sus autores precisan que la muestra no representa todo el ocio disponible en estas ciudades. La investigación combina documentación institucional, entrevistas a técnicos municipales, cuestionarios dirigidos a familias y profesionales y grupos de discusión

Los resultados muestran una distancia significativa entre el acceso formal y la inclusión real. Aunque el 51,7% de los niños y adolescentes con discapacidad ha participado en actividades municipales, una parte importante no encuentra en ellas oportunidades suficientes para relacionarse, tomar decisiones o compartir las mismas experiencias que sus compañeros. La principal advertencia del estudio es que estar presente no basta si la actividad mantiene dinámicas que dejan al menor al margen.

Situaciones de exclusión



Las dificultades se hacen especialmente visibles durante el desarrollo de las propuestas. En el 32% de las experiencias analizadas, el menor permaneció observando o esperando mientras los demás realizaban tareas en las que no podía intervenir. Además, en el 27% de los casos las familias indicaron que se animó al participante a abandonar el programa. En lugar de introducir adaptaciones o reforzar los recursos, la respuesta terminó trasladando al propio menor el coste de la exclusión

La participación también varía de manera considerable según las necesidades individuales. Ha acudido alguna vez a estas actividades el 65% de quienes requieren apoyo puntual, frente al 34,9% de quienes necesitan un apoyo intensivo. La diferencia se repite al considerar el grado de discapacidad: participa el 59,4% de las personas con un reconocimiento de entre el 33% y el 64%, porcentaje que desciende al 34,3% entre quienes tienen reconocido un grado igual o superior al 65%. Son datos que reflejan una desigualdad asociada al apoyo requerido.

La asistencia alcanza su nivel más elevado entre los 6 y los 11 años y disminuye durante la adolescencia, mientras que el estudio no aprecia diferencias estadísticamente significativas en función del género. Esta reducción con la edad plantea la necesidad de disponer de propuestas atractivas y accesibles para los jóvenes, una etapa en la que el ocio compartido resulta especialmente relevante para construir relaciones, autonomía y sentimiento de pertenencia

Personal formado y equipos estables

La incorporación de una persona de apoyo, por sí sola, tampoco garantiza la inclusión. Si el participante permanece vinculado exclusivamente al profesional que lo acompaña, puede continuar aislado del grupo. Para evitarlo, el informe considera fundamentales unas ratios adecuadas, la estabilidad de los equipos, el conocimiento previo de las necesidades, el tiempo de planificación y la coordinación entre los diferentes agentes. El apoyo debe facilitar la participación compartida, no convertirse en una estructura paralela.

Familias y profesionales coinciden en señalar la falta de personal y de formación como dos de los principales obstáculos. Desde el punto de vista de los equipos, los elementos más necesarios son la disponibilidad de profesionales de apoyo, mencionada por el 55,6%; la formación específica, con un 51,1%; las ratios reducidas, con un 46,7%; y el diseño de las actividades desde el inicio para atender a la diversidad, señalado por el 42,2%. La inclusión requiere, por tanto, organización y recursos suficientes

Barreras desde la inscripción

Los problemas comienzan, en muchos casos, antes de que la actividad se inicie. El 24% de las familias identifica la falta de plazas como una barrera, mientras que el 18% señala la exigencia de que un adulto permanezca durante toda la sesión. En otro 13,8% de los casos se produjo una denegación de la plaza o una no admisión porque la entidad consideró que no podía atender las necesidades del menor. Estas condiciones restringen el derecho al ocio y aumentan la carga de cuidados de las familias.

Entre las medidas que facilitarían el acceso, las familias destacan la reserva o garantía de plazas, mencionada por el 31,9%; las ayudas económicas, con un 27,9%; y una información clara y accesible, con un 25,8%. Los datos apuntan a que las dificultades no se limitan a la accesibilidad



física: también intervienen los procedimientos de admisión, la comunicación, el coste, la disponibilidad de apoyos y la flexibilidad organizativa

Beneficios para menores y familias

Cuando la participación se desarrolla en condiciones adecuadas, sus efectos son ampliamente valorados. El 56,9% destaca un mayor disfrute y bienestar emocional, mientras que el 49% aprecia mejoras en las relaciones y las habilidades sociales. También se observan avances en autonomía, autoestima y sensación de inclusión. Los beneficios alcanzan al entorno familiar: el 37,3% señala una mejora de su bienestar y el 25,5% reconoce mayores posibilidades de conciliación. El ocio inclusivo constituye así un espacio educativo y de desarrollo personal.

A partir de estas conclusiones, Fundación ONCE propone sustituir las respuestas improvisadas ante cada dificultad por políticas preparadas desde el principio para la diversidad. Entre sus recomendaciones figuran garantizar el acceso, disponer de equipos suficientes, formados y estables, revisar los procedimientos de admisión y establecer condiciones comunes con independencia de la entidad que gestione el servicio. También plantea reforzar todas las dimensiones de la accesibilidad y ofrecer información clara y comprensible

El estudio reclama, además, una oferta plural y coordinada y sistemas capaces de evaluar el recorrido completo de cada participante, desde la solicitud de plaza hasta su experiencia dentro del grupo. El objetivo es que las administraciones no midan únicamente cuántos menores acceden a una actividad, sino también cómo participan y qué relaciones construyen. Avanzar hacia un ocio realmente inclusivo exige colocar la experiencia del menor en el centro de la planificación.